

Las publicaciones por el Cincuentenario del Instituto Otavaleño de Antropología

GUSTAVO ALFREDO JÁCOME (segunda parte)

Francisco Proaño Arandi

30

Plutarco Cisneros A.
Y SU BIBLIOTECA
CINCUNETENARIO IOA

La obra de Gustavo Alfredo Jácome cubre otras facetas y no solo las referidas al ámbito de la literatura con tema indígena, sino que se amplía al estudio lingüístico, a sus textos dedicados a los niños y a sus estudios bibliográficos. Es un académico por mérito propio y siempre, por vocación, un lúcido y brillante maestro de juventudes. Ratifica y amplían estas expresiones, lo que Daniella Pier escribió respecto de su obra:

La lectura de la obras de Gustavo Alfredo Jácome, nacido en 1912 en Otavalo, provincia de Imbabura, revela a un hombre apasionado. Su pasión de los niños y jóvenes está ligada a su carrera de pedagogo. Doctor en Ciencias de la Educación, Académico de la Lengua, se le debe una multitud de textos escolares para varios niveles de enseñanza, la mayoría de ellos publicados entre 1959 y 1971. Creemos descubrir la idea que nutre su obra educativa: el porvenir de un país radica en su juventud y la educación de ella debe comenzar en la edad más tierna. Así se explica que sus primeras obras poéticas sean libros para niños como Luz y cristal (1946) y Ronda de la Primavera (1947). El autor ecuatoriano nos muestra su profundo amor a la tierra natal.

En esta página dedicada a rendirle homenaje, se incluyen dos textos de especial importancia: las propias confesiones del escritor a Daniella Pier, que escribía un estudio sobre la literatura latinoamericana en la que Jácome era uno de los tres personajes principales motivo del trabajo; y, la apreciación de su obra que la realiza Francisco Proaño Arandi.

Información sobre libros:
tballesteros@uotavalo.edu.ec



Gustavo Alfredo Jácome, por su año de nacimiento (1912), debería conceptuarse como un epígono de los grandes de la generación del treinta, nacidos, casi todos, en la primera década del siglo XX: Alfredo Pareja Diezcanseco (1908), José de la Cuadra (1903), Enrique Gil Gilbert (1912), Demetrio Aguilera Malta (1909), Joaquín Gallegos Lara (1912), Jorge Icaza (1906), Ángel F. Rojas (1909), Pablo Palacio (1906). Epígono como lo fueron Pedro Jorge Vera, Adalberto Ortiz o Alfonso Cuesta y Cuesta. Sin embargo, su obra novelística medular aparece muy tardíamente: en 1979, Porqué se fueron las garzas, y, en 1984, Los Pucho-Remaches. Por tal razón, más bien deberíamos ubicarle en la llamada “narrativa de transición”, a la que pertenecen autores que publican sus libros en las décadas del sesenta y fines de los setenta, con una clara intención de modificar los parámetros del realismo social de denuncia.

El más trascendente es que tiene que ver con el tratamiento del lenguaje del que Jácome dirá:

Confieso que el estilo de mi novela me costó mucho esfuerzo creador: creé, inventé palabras; utilicé los modismos e idiotismos del habla popular de Otavalo; los transfiguré, los poeticé. Transfiguré la lengua saussureana en habla, reinventé pirotecnias lingüísticas.

La palabra transfiguración, utilizada por Jácome, define con precisión lo logrado en la aventura textual emprendida por él en Porqué se fueron las garzas. Su emprendimiento logra superar el canon de la novela indigenista y explora, en torno al tema indígena, una escritura integradora, que intenta inquirir en profundidad en el ser del indio.

La tesitura de la novela de Jácome refleja una realidad lingüística que tiene su explicación en la turbulenta historia del país, a raíz de la conquista y el coloniaje. El español que hablaban los conquistadores difiere mucho del moderno, obviamente; sin embargo, muchos giros, entonaciones y vocablos de la época persisten en el habla popular y en el quichua, como lo que los lingüistas califican de “préstamos” idiomáticos.

Extractos de la carta que G. Alfredo Jácome dirige a Daniella Pier

Quito, a 5 de junio de 1994
Estimada Danielle:

2.- El amor a los niños es concomitante con mi profesión de maestro. Pero luego por padre de cuatro hijos y, luego, por abuelo de nueve nietos.

3.- Escribí mi novela Porque se fueron las garzas movido por el afán de reivindicar el indio de su condición de paria, tanto en la vida real cuanto en la novela llamada indigenista. El indio de Peguche, Quinchuquí e Ilumán, tres comunas cercanas a Otavalo, habían comenzado, por propia cuenta y sin ayuda de nadie, menos de los gobiernos nacionales, su propio mejoramiento. Era una especie de resurrección de la raza. El milagro había hecho el telar y los tejidos.

El comercio les obligó a enviar a los hijos a la escuela, a fin de que ellos llevaran “las cuentas”. De la escuela, llegaron al Colegio y luego a la Universidad. Para la década del 70 ya había profesores indios. Y antropólogos, sociólogos, abogados, médicos, enfermeras, trabajadoras sociales.

4.- El crítico ecuatoriano Antonio Sacoto ha utilizado mi novela dentro de lo que el llama neo indigenismo. No sé lo que quiera decir con este término. Yo quise escribir una novela con personajes indios que actúen como personas. Los modelos eran distintos, distintos debían ser mis personajes, mis actantes.

5.- En cuanto al estilo. Partí de un convencimiento: la novela contemporánea debe dar mayor importancia a cómo se cuenta que a lo que se cuenta. Los “escribidores” de novelas en el Ecuador, sobre todo, tienen un deplorable desconocimiento del idioma castellano, y convierten sus escritos en denuncias más sociológicas que literarias. [...]

10.- En mi lejana juventud, me afilié al Partido Comunista del Ecuador. Fue una decisión filosófica más que política. La política, en la actualidad más que en otras épocas, está muy desprestigiada. El Partido Comunista ha desaparecido, fraccionado en grupo de alharaca.

Me suscribo tendiéndole mi mano amiga.
f) Gustavo Alfredo Jácome



“

El Embajador Francisco Proaño Arandi, Miembro de Número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua desde el año 2012, novelista y poeta, es una de las figuras más importantes de la literatura ecuatoriana. Nació en la ciudad de Cuenca el 20 de enero de 1944.

”